

recogió el papel que había hecho caer al sacar la mano del chaleco.

Vió algunas palabras escritas en el papel, y se inclinó hacia la única luz que alumbraba la estancia; pero aun antes de que descifrara las palabras, había reconocido el carácter de letra.

Exhaló un suspiro, y leyó:

«¡Ya estás aquí! Te he besado; no necesito más.

»¡La que te ama más que todo el mundo!»

—Josefina,—murmuró, mirando á su alrededor, como si esperase verla aparecer en las profundidades de la estancia, ó salir de detrás de un mueble.

Pero estaba completamente solo.

En aquel momento se abrió la puerta; el ujier entró, trayendo los dos candelabros, y anunciando:

—Su Excelencia el señor archicanciller.

Napoleón se levantó, se dirigió á la chimenea apoyándose en ella y esperó.

II

Tres hombres de Estado

Detrás del ujier apareció el alto personaje que acababa de ser anunciado.

Régis de Cambacérès tenía en aquella época cincuenta y seis años, es decir, quince ó diez y seis más que el que le había hecho llamar.

En lo moral, era un hombre dulce y bondadoso. Sabio jurisconsulto, había sucedido á su padre en el cargo de consejero en el Tribunal de Cuentas; en 1792 fué elegido diputado á la Convención Nacional; el 19 de enero de 1793 votó por la suspensiva; fué en 1794 presidente del Comité de Salud Pública; fué nombrado, el año siguiente, ministro de justicia; en 1799, fué elegido por Bonaparte segundo cónsul; en fin, en 1804, había sido nombrado archicanciller, creado príncipe del Imperio, y hecho duque de Parma.

En lo físico era un hombre de mediana estatura, con propensión á la obesidad, muy glotón, muy limpio, muy elegante, y que, aparte la nobleza del traje, había adquirido las maneras cortesananas con una prontitud y una facilidad que estimaba en mucho el gran reconstructor del edificio social.

Además, á los ojos de Napoleón poseía otro gran mérito: Cambacérès había comprendido perfectamente que el hombre de genio á quien se había adelantado en la escena política, y que al pasar por su lado lo había unido á su fortuna después de haberle recibido, como un igual suyo, en su intimidad, tenía derecho á sus respetos al convertirse en el elegido del destino que, en el momento en que nos ocupa, era el dueño de Europa; sin descender nunca hasta la humildad, se mantenía, pues, frente á frente de él, en la posición, no de un adulator, sino de un admirador.

Por lo demás, siempre pronto á someterse al menor deseo del emperador, le había bastado un cuarto de hora para vestirse con un cuidado que hubiera parecido irreprochable en el círculo de las Tullerías, y aunque despertado á las dos de la madrugada, esto es, en lo mejor de su sueño —lo que le desagradaba esencialmente—, se presentaba con la mirada tan viva, la boca tan sonriente como si le hubieran llamado á las siete de la tarde, es decir, en el momento que, después de haber comido y tomado café, gozara de aquel bienestar que después de una buena comida acompaña una fácil digestión.

El semblante que contemplaba estaba lejos de mostrar el buen humor que reflejaba el suyo; así es que, al observarlo, el archicanciller hizo un movimiento que parecía un paso atrás.

Napoleón, á cuya mirada de águila nada se escapaba, no sólo en las grandes cosas, sino también —lo que es aun más extraordinario— en las pequeñas, vió el movimiento, comprendió el motivo, y, abonanzando al instante la expresión de su rostro: —¡Oh! ¡Venid, venid,—dijo,—señor archicanciller! ¡No es de vos de quien estoy descontento!

—Y V. M. no estará descontento jamás, así lo espero,—respondió Cambacérès;—pues me tendría por muy desdichado el día que mereciera su disgusto.

En aquel momento el ayuda de cámara se retiraba, dejando los dos candelabros y llevándose la palmatoria.

—Constancio,—dijo el emperador,—cerrad la puerta; vigilad en la antesala, y haced entrar en el salón verde á las personas que espero.

Luego, volviéndose á Cambacérès: —¡Ah!—exclamó, como si por fin respirara, después de una larga sofocación. —¡Ya estoy en Francia! ¡ya estoy en las Tullerías! Estamos solos, señor archicanciller: hablemos con toda confianza.

—Señor,—dijo el archicanciller,—aparte el respeto que

pone una barrera á mis palabras, jamás hablo de otro modo á V. M.

El emperador clavó sobre él una mirada penetrante.
—Vos os cansáis, Cambacérès; vos os empequeñecéis; al revés de los otros, que sólo se proponen evidenciarse, vos tendéis á anularos más cada día; y esto no me gusta; pensad que en el orden civil sois el primero después de mí.

—Sé que V. M. me ha tratado según sus bondades, y no según mis méritos.

—Os engañáis; os he tratado según vuestro valor; por esto os he confiado el cumplimiento de las leyes, no sólo desde que nacen, sino también durante la gestación de su madre la Justicia, cuando aun han de nacer. Pues bien: el Código de instrucción criminal no va, no adelanta; os había encargado que se terminara en el año 1808; ahora bien: nos hallamos á 22 de enero de 1809, y aun cuando el cuerpo legislativo haya estado reunido durante mi ausencia, ni el Código está acabado ni lo estará tal vez dentro de tres meses.

—¿Me permite V. M. que le diga la verdad respecto de esto?—preguntó tímidamente el archicanciller.

—¡Pardiez!—dijo el emperador.

—Pues bien, señor; estoy viendo, no diré con temor —y no temeré nunca mientras V. M. sostenga el cetro y la espada—, sino con pesar, que un espíritu de inquietud y de indisciplina empieza á deslizarse por todas partes.

—No tenéis necesidad de decirlo; ¡lo veo! Y he venido tanto para combatir ese espíritu como para batir á los austriacos.

—Así es que, por ejemplo,—prosiguió Cambacérès,— el cuerpo legislativo...

—¡El cuerpo legislativo!—repitió Napoleón, acentuando estas dos palabras y levantando los hombros.

—El cuerpo legislativo,—continuó Cambacérès, como si quisiera completar su idea;—el cuerpo legislativo, donde las escasas oposiciones no llegaban á reunir nunca más de doce ó quince votos contra los proyectos que les sometíamos; el cuerpo legislativo se pone enfrente de nosotros, y por dos veces nos ha dado ochenta bolas negras, y una vez ciento.

—Pues bien: ¡yo aplastaré el cuerpo legislativo!

—No, señor; vos escogeréis un momento en que esté mejor dispuesto para la aprobación. Basta con que permanezcáis en París... ¡Oh! Señor, cuando V. M. está en París, todo va bien.

—Ya lo sé; pero, por desgracia, no puedo quedarme aquí.

—¡Lástima!

—Sí: ¡lástima! Tendré presente todos los instantes esta palabra, y si no la recuerdo, hacedme acordar de un tal Malet.

—¿V. M. decía que no puede permanecer en París?

—¿Creéis acaso que he venido en cuatro días de Valladolid para quedarme en París? No; dentro de tres meses estaré en Viena.

—¡Oh Majestad!—dijo Cambacérès, con un suspiro.—¿Más guerra todavía?

—¿También vos, Cambacérès?... ¿Soy yo acaso quien promueve la guerra?

—Señor, España...—observó tímidamente el archicanciller.

—Sí, aquella guerra, tal vez; pero ¿por qué la emprendí? Porque estaba seguro de la paz en el Norte. ¿Podía yo sospechar que teniendo á Rusia por aliada, la Westfalia y la Holanda por hermanas, la Baviera por amiga, la Prusia reducida á un ejército de cuarenta mil hombres, el Austria, á cuya águila he cortado una de sus dos cabezas, Italia... podía sospechar que el Austria hallaría medio de levantar y armar quinientos mil hombres contra mí? ¿Son, por ventura, las aguas del Leteo y no las del Danubio las que corren por Viena? ¿Han allí olvidado las lecciones de la experiencia? ¿Necesitan otras? Pues las tendrán, y, esta vez, terribles; ¡lo juro! Yo no quiero la guerra, no tengo interés en ella, y Europa entera es testigo de que todos mis esfuerzos, toda mi atención, iban dirigidos hacia ese campo de batalla que Inglaterra ha escogido, esto es, España. Austria, que ha salvado ya á los ingleses una vez, en 1805, en el momento en que me disponía á franquear el paso de Calais, los salva hoy otra vez deteniéndome en el momento en que iba á echarlos al mar del primero al último. Sé muy bien que cuando desaparecen de un sitio, reaparecen en otro; pero Inglaterra no es, como Francia, una nación guerrera: es una nación comerciante; es Cartago, y Cartago sin Aníbal. Yo habría acabado con agotar sus soldados, ó á obligarla á desguarnecer la India, y si el emperador Alejandro mantiene su palabra, allí la espero... ¡Oh! ¡El Austria, el Austria!... ¡pagará cara esta diversión! Ó desarma inmediatamente, ó tendrá que sostener una guerra de destruc-

ción; si desarma, de modo que no me deje duda alguna acerca sus futuras intenciones, yo mismo envainaré mi espada —pues no tengo otro deseo que desenvainarla en España y contra los ingleses—; si no, arrojo cuatrocientos mil hombres sobre Viena, y en lo sucesivo Inglaterra no contará con más aliados en el continente.

—¿Cuatrocientos mil hombres, señor?—repitió Cambacérès.

—Me preguntáis dónde están, ¿no es cierto?

—Sí, Majestad; apenas veo cien mil disponibles.

—¡Ah! Se empieza á contar mis soldados, y vos el primero, señor archicanciller.

—Señor...

—Dicen: «¡No hay más que doscientos mil hombres, que ciento cincuenta mil hombres, que cien mil hombres!» Dicen: «¡Podemos deshacernos del dueño; el dueño se debilita, el dueño no tiene más que dos ejércitos!» Se engañan...

Napoleón se golpeó la frente. —¡Mi fuerza está aquí! Luego, extendiendo ambos brazos:

—¡Y he aquí mis armas!—añadió.—¿Queréis saber cómo podré reunir cuatrocientos mil hombres? Voy á decíroslo.

—Señor...

—Voy á decíroslo... no por vos, Cambacérès, que tal vez tengáis aún fe en mi fortuna, sino para que lo repitáis á los demás. Mi ejército del Rhin cuenta veintiún regimientos de infantería, que tienen cuatro batallones cada uno. Debían tener cinco; pero enfrente de la realidad no hay que hacerse ilusiones. Esto importa, pues, ochenta y cuatro batallones, esto es, setenta mil hombres de infantería. Tengo, además, mis cuatro divisiones, Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor; sólo tienen tres batallones: digamos treinta mil hombres; ya tenemos cien mil, sin contar los cinco mil hombres de la división Dupas. Tengo catorce regimientos de coraceros, que me dan doce mil soldados, por lo menos, y tomando todo cuanto hay disponible en los depósitos, los elevaré á catorce mil. Tengo diez y siete regimientos de infantería ligera: pongamos diez y siete mil hombres; además, mis depósitos rebosan de dragones perfectamente equipados; haciéndoles venir del Langüedoc, de la Guyena, del Poitou y del Anjou, tendría fácilmente cinco ó seis mil. Nos encontramos, pues, con cien mil hombres de infantería y treinta ó treinta y cinco mil de caballería.

—Señor, todo esto suma ciento treinta y cinco mil hombres, y V. M. ha dicho ¡cuatrocientos mil!

—Esperad... ¡Veinte mil de artillería, veinte mil de la Guardia, cien mil alemanes!

—Esto asciende á doscientos sesenta y siete mil hombres.

—¡Perfectamente!... Saco cincuenta mil de mi ejército de Italia; marchan por Tarvis y van á reunirse en Baviera. Añadid diez mil italianos, diez mil franceses sacados de la Dalmacia, y tenemos setenta mil hombres más.

—Lo que hace trescientos treinta y siete mil hombres.

—Pues bien: ¡vais á ver que nos sobrarán al momento!

—Estoy buscando el complemento, señor.

—Olvidáis mis reclutas; olvidáis que vuestro Senado acaba de autorizar, el pasado septiembre, dos levadas de hombres.

—La una, la de 1809, está ya bajo las armas; la de 1810 no debe, según los términos de la ley, servir el primer año fuera del interior.

—Sí, señor; pero ¿creéis que para ciento quince departamentos sean suficientes ochenta mil hombres? No; yo exigiendo la leva á cien mil, y hago un llamamiento de veinte mil sobre las clases de 1809, 1808, 1807 y 1806. Esto me da ochenta mil hombres hechos, hombres de veinte, veintidós y veintitrés años, mientras los de 1810 sólo tienen diez y nueve años; de modo que puedo sin inconveniente dejar envejecer á éstos.

—Señor, los ciento quince departamentos no producen, cada año, más que trescientos treinta y siete mil hombres que alcancen la edad del servicio militar; tomar cien mil hombres sobre trescientos treinta y siete mil, equivale á más de una cuarta parte, y no hay población que no perezca presto si se le toma, cada año, la cuarta parte de los varones llegados á la edad viril.

—Y ¿quién os dice que se les tomarán cada año? Se los tomo por cuatro años y dejo en definitiva libertad á las clases anteriores... Una vez no sienta costumbre; es la primera y la última. Doy á mi guardia esos ochenta mil hombres para que les instruya. Sabe hacerlo; será para ella asunto de tres meses. Antes de fin de abril estaré en el Danubio con cuatrocientos mil hombres; entonces, como hace hoy, Austria contará mis legiones, y, yo os lo aseguro, si me obliga á pegar, ¡Europa quedará asustada de los golpes que dará!

Cambacérès lanzó un suspiro.

—V. M. ¿tiene más que mandarme?—dijo.

—Que se convoque para mañana el cuerpo legislativo.

—Está reunido desde vuestra marcha, señor.

—Es verdad... Mañana me presentaré á él, y conocerá mi voluntad.

Cambacérès hizo un movimiento para retirarse; luego, retrocediendo: —V. M. me ha dicho que le recordara cierto general Malet.

—¡Ah! Tenéis razón... Pero hablaré de esto con el señor Fouché. Decid, al salir, que me envíen al señor Fouché, que debe estar en el salón verde.

Cambacérès se inclinó para salir.

Luego, al llegar á la puerta: —¡Adiós, querido archicanciller!—le gritó Napoleón con su voz más amable, y acompañando su saludo con un movimiento amistoso; lo que hizo que el archicanciller se retirara más tranquilo para sí, pero no menos intranquilo para la Francia.

Apenas hubo salido, Napoleón se puso á pasear á grandes pasos.

En nueve años de reinar verdaderamente —porque el consulado había sido un verdadero reinado—, había visto, á través de la admiración que inspiraba, desconfianzas, incluso desaprobaciones, pero jamás la duda.

¡Se dudaba! ¿De qué? ¿De su fortuna!

¡Hasta se le reconvenía! Y ¿en dónde había recogido las primeras reconveniones? ¡En su ejército, en su guardia, entre sus veteranos!

Bailén, con su fatal capitulación, había asestado un golpe terrible á su fama.

Varo, al menos, se había hecho matar con las tres legiones que le reclamaba Augusto: ¡Varo no se había rendido!

Aun antes de dejar Valladolid, Napoleón sabía lo que acababa de decirle Cambacérès, y muchas más cosas todavía.

La víspera de su marcha pasó revista á sus granaderos; le habían referido que aquellos pretorianos murmuraban porque les dejaban en España; quería ver de cerca aquellos semblantes tostados por el sol de Italia y de Egipto, para averiguar si tendrían la audacia de mostrarse descontentos.

Se apeó del caballo y siguió á pie las filas.

Los granaderos, sombríos y silenciosos, le presentaron

las armas; ni un grito de «¡Viva el emperador!» se dejó oír. Sólo un hombre murmuró: —¡Señor, á Francia!

Es lo que Napoleón esperaba.

Con irresistible movimiento arrancó el fusil de sus manos, y, sacándole fuera de las filas:

—¡Desgraciado!—le dijo.—Merecerías que te mandara fusilar, y ¡poco falta para que lo haga!

Luego, dirigiéndose á todos: —¡Ah! Bien lo sé,—dijo,—que deseáis regresar á París para reanudar vuestras costumbres y ver á vuestras amantes. Pues bien: ¡yo os retendré bajo las armas hasta los ochenta años!

Y tiró el fusil á los brazos del granadero, quien lo dejó caer de dolor.

En aquel momento de desesperación divisó al general Legendre, uno de los firmatarios de la capitulación de Bailén.

Dirigióse hacia él con ojos amenazadores.

El general se detuvo, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo. —Vuestra mano, general,—dijo.

El general tendió la mano vacilando.

—Esta mano,—prosiguió el emperador, mirándole,—¿cómo no se secó al firmar la capitulación de Bailén?

Y la rechazó como hubiera podido hacerlo con la de un traidor.

El general, que al firmar no había hecho más que cumplir órdenes superiores, quedó anonadado.

Entonces Napoleón, montando á caballo, con el rostro encendido, regresó á Valladolid, desde donde, como hemos dicho, partió al día siguiente para Francia.

Permanecía aún en esta situación de espíritu, cuando el ujier, abriendo otra vez la puerta, anunció:

—Su excelencia el ministro de Policía.

Y el pálido semblante de Fouché, más pálido aún por el temor, apareció vacilante en el dintel de la puerta.

—Sí, señor,—dijo Napoleón;—comprendo que vaciléis en presentarnos ante mí.

Fouché era uno de esos caracteres que retroceden ante un peligro desconocido, pero que se dirigen hacia él ó lo esperan apenas toma forma. —¿Yo, señor?—dijo, irguiendo la cabeza de cabellos amarillos, de tez lívida, de ojos azules-verdosos, de boca fuertemente hendida.—Yo, el ametrallador de Lyon, ¿por qué he de vacilar en presentarme á V. M.?

—¡Porque yo no soy un Luis XVI!

—V. M. alude, y no es la primera vez, á mi voto del 19 de enero...

—¡Y qué! ¿Y si fuera cierta mi alusión?

—Respondería entonces que, diputado de la Convención Nacional, había hecho juramento á la nación y no al rey: mantuve mi juramento á la nación.

—Y ¿á quién habiais hecho juramento el 13 termidor del año VII? ¿Era á mí?

—No, señor.

—¿Por qué, pues, me habéis servido tan bien el 18 brumario?

—¿Recuerda V. M. la frase de Luis XIV: «El Estado soy yo»?

—Sí, señor.

—Pues bien, Majestad: el 18 brumario la nación erais vos; he aquí por qué os serví.

—Lo cual no me impidió, en 1802, que os retirara la cartera de la Policía.

—V. M. esperaba encontrar un ministro de la Policía, si no más fiel, al menos más hábil que yo... ¡Y me devolvió mi cartera en 1804!

Napoleón dió algunos pasos arriba y abajo por ante la chimenea, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y arrugando con la mano el papel en que Josefina había escrito algunas palabras.

Luego, de pronto, deteniéndose y levantando la cabeza:

—¿Quién os ha autorizado,—preguntó, clavando su mirada de halcón, como dice Dante, en su ministro de la Policía;—quién os ha autorizado á hablar de divorcio á la emperatriz?

Si Fouché no se hubiese hallado distante de la luz, se hubiera visto pasar por su semblante un tinte aun más pálido que el primero. —Señor, respondió,—yo creo saber que V. M. desea ardientemente el divorcio.

—¿Os he confiado acaso este deseo?

—He dicho que *creo saber* y pensé hacerme agradable á V. M. preparando á la emperatriz á ese sacrificio.

—Sí, brutalmente, según vuestra costumbre.

—Señor, no se cambia de naturaleza: empecé por ser prefecto de los Oratorianos, y por mandar á niños indóctiles, y me ha quedado siempre algo de mis impacencias de muchacho. Soy árbol frutal; no me pidáis flores.

—Señor Fouché, *vuestro amigo* (y Napoleón recalco deliberadamente estas palabras), vuestro amigo el señor de

Talleyrand, sólo hace una recomendación á sus servidores: «¡No os precipitéis!» Yo le tomaría este axioma para aplicároslo; vos, esta vez, os habéis precipitado: no quiero que nadie tome mis iniciativas, ni en asuntos de Estado, ni en los de familia.

Fouché guardó silencio. —Y á propósito del señor de Talleyrand,—dijo el emperador,—¿á qué obedece que, habiéndome separado de vosotros siendo enemigos mortales, os vuelvo á encontrar amigos íntimos? Durante diez años de odios y de recíprocos desprecios, he oído que le tratábais de diplomático frívolo, y él os trataba de grosero intrigante; vos, despreciábais á un diplomático que sólo procedía, según decíais, ayudado por la victoria; él, se burlaba de la vana exhibición de una policía que la sumisión general hacía fácil y hasta inútil. ¿Tan grave es la situación, que sacrificándoos á la nación, como decís, olvidáis ambos vuestros resentimientos? Puestos de acuerdo por algunos oficiosos, os habéis reconciliado públicamente y públicamente os habéis visitado; os habréis dicho en voz baja que era posible encontrarse en España el puñal de un fanático, ó una bala de cañón en Austria; ¿no es verdad que os habéis dicho esto?

—Señor,—respondió Fouché,—los puñales españoles se conocen en los grandes reyes: testigo Enrique IV; las balas austriacas en los grandes capitanes: testigo Turena y el mariscal de Berwick.

—Esto es contestar un hecho con una lisonja. Ni estoy muerto, ni quiero que se divida mi sucesión mientras viva.

—Señor, esta idea está lejos de todas las imaginaciones, y aun más de la nuestra.

—Tan poco lejos, al contrario, de vuestra imaginación, que mi sucesor estaba ya escogido, designado por vos. ¿Por qué no le hacéis consagrar de antemano? El momento es oportuno. ¡El papa acaba de excomunicarme! ¡Bahl! ¿Creéis, por ventura, que la corona de Francia sienta bien á todas las cabezas? Se puede hacer de un gran duque de Saxe, un rey de Saxe; pero no se hace del gran duque de Berry un rey de Francia ó un emperador de los franceses; para ser lo uno, hay que tener en las venas sangre de San Luis; para ser lo otro, hay que tener sangre mía. Cierto es que poseéis un medio de apresurar el momento en que yo deje de ser.

—Señor,—dijo Fouché,—espero que V. M. me lo indique.

—¡Eh! ¡Qué diantre! ¿Hay más que dejar impunes á los conspiradores?

—¿Alguien ha conspirado contra V. M. sin ser castigado? Nombradlo, señor.

—¡Oh! La cosa no es difícil, y os voy á nombrar tres.

—¿V. M. quiere hablar de la pretendida conspiración descubierta por vuestro prefecto de Policía el señor Dubois?

—Sí, mi prefecto de Policía, el señor Dubois, que no está, como vos, entregado á la nación, señor Fouché, sino que está entregado á mí.

Fouché alzó ligeramente las hombros; por muy imperceptible que fuese el movimiento, no pasó desapercibido al emperador. —¡Levantáis los hombros porque no podéis levantar la voz!—prosiguió Napoleón frunciendo las cejas.

—No me gustan los incrédulos, en punto á conspiraciones.

—¿Conoce V. M. á los hombres de que se trata?

—Conozco á dos de los tres: conozco al general Malet, un conspirador incorregible...

—¿V. M. cree que el general Malet conspira?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y V. M. teme una conspiración guiada por un loco?

—Os engañáis doblemente: en primer lugar, no temo nada; y en segundo lugar, el general Malet no es un loco.

—Es, por lo menos, un monomaniaco.

—Sí; pero cuya monomanía es terrible, convenid conmigo, pues ella consiste en aprovecharse, un día ú otro, de mi ausencia, esperar á que me halle á trescientas leguas, á cuatrocientas leguas, á seiscientas leguas, para esparcir de pronto el rumor de mi muerte, y con tal noticia promover una sublevación general.

—¿V. M. cree la cosa posible?

—En tanto no tenga heredero, sí.

—Por esto me he atrevido á hablar de divorcio á S. M. la emperatriz.

—No volvamos á hablar de eso... Vos despreciáis á Malet; le habéis puesto en libertad. ¿Sabéis una cosa, que mi ministro de la Policía hubiera debido comunicarme, y que voy á comunicar á mi ministro de la Policía? ¡Malet no es más que uno de los hilos de una conspiración invisible que se trama en el seno mismo del ejército!

—¡Ah! Sí, los filadelfios... V. M. cree en la magia del coronel Oudet.

—Creo en Aréna, señor ministro; creo en Cadoudal; creo en Moreau. El general Malet es uno de esos soñado-

res, uno de esos iluminados, uno de esos locos, si queréis, pero uno de esos locos peligrosos á los cuales conviene el encierro y la camisa de fuerza. ¡Vos habéis puesto el vuestro en libertad! En cuanto al segundo conspirador, el señor Servan, ¿es tal vez un loco, éste, un regicida?

—Como yo, señor.

—Sí, pero un regicida de la escuela de la Gironda, un ex amante de madama Roland, un hombre que, ministro de Luis XVI, ha hecho traición á Luis XVI, y que, para vengarse de su desgracia, ha hecho el 10 de agosto.

—Con el pueblo.

—¡Eh, señor mío! ¡El pueblo hace lo que le hacen hacer! Ahí tenéis los dos arrabales, el arrabal Saint-Marceau y el arrabal San Antonio, tan revoltosos con Alexandre y Sauterterre. ¡Levantán la voz ahora que tengo la mano extendida sobre ellos?... No conozco al tercer fanático, un tal Florencio Guyot; pero conozco á Malet y á Servan; ¡desconfiad de ellos! Además, el uno es general; el otro coronel; y constituye un mal ejemplo bajo un gobierno militar que dos oficiales conspiren.

—Señor, no se les perderá de vista.

—Y ahora, señor ministro, he de haceros la más grave reconvencción que pensaba dirigiros.

Fouché se inclinó como esperando.

—¿Qué habéis hecho del espíritu público?

Otro ministro lo hubiera hecho repetir por segunda vez; Fouché comprendió perfectamente; no obstante, para tomarse tiempo para la respuesta, fingió haber comprendido mal.

—¿El espíritu público?—repitió.—Desearía saber lo que quiere decir V. M.

—Quiero decir,—replicó Napoleón, cuya cólera se desahogaba en palabras,—que habéis dejado extraviar los espíritus sobre los acontecimientos del día; que habéis permitido que se interpretara mi última campaña, marcada á cada paso por el éxito, como una campaña fecunda en reverses. ¡Son las murmuraciones de París las que sublevan al extranjero! ¿Sabéis por dónde vuelven á mí? ¡Por San Petersburgo! Tengo enemigos, ¡Dios lo sabe! Pues bien: vos les dejáis hablar abiertamente; vos les dejáis decir que mi autoridad está debilitada, que la nación está hastiada de mi política, que mis medios de acción han disminuido; de ahí que el Austria, que da fe á todos esos cuentos, crea favorable el momento y quiera atacarme... Pero lo mismo á los enemigos internos que á los de fuera, ¡he de exterminar-

narlos á todos! A propósito: ¿habéis recibido mi carta de 31 de diciembre?

—¿Cuál, señor?

—Fecha en Benevento.

—¿Aquella en que tratábais de los hijos de los emigrados?

—Me temo que la hayáis olvidado.

—¿Quiere V. M. que se la repita palabra por palabra?

—No me disgusta asegurarme de vuestra memoria. Veamos.

—En primer lugar,—dijo Fouché sacando una cartera del bolsillo,—aquí está la carta.

Y la sacó de la cartera.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Napoleón.—¿La lleváis encima?

—La correspondencia autógrafa de V. M. no se separa nunca de mí, señor. Cuando era prefecto en los Oratorianos, leía todas las mañanas mi breviario; desde que soy ministro de Policía, leo todas las mañanas las cartas de V. M. He aquí,—prosiguió Fouché sin abrir la carta,—lo que contenía este despacho...

—¡Oh! Señor ministro, no os pido el texto, sino la substancia.

—Pues bien. V. M. me decía que algunas familias de emigrados habían sustraído á sus hijos del servicio militar manteniéndolos en un ocio culpable; añadía que deseaba biciese compilar una lista de diez de esas familias por departamento, y de cincuenta por París, á fin de enviar á la escuela militar de Saint-Cyr á todos los jóvenes de esas familias que tuvieran más de diez y ocho años. V. M. añadía, además, que si se quejaban, yo debía contestar pura y simplemente que era por su gusto...

—¡Está bien! No quiero que, por la lamentable división de las familias que reconocen el sistema, una fracción de la Francia, por mínima que sea, pueda substraerse á los esfuerzos que hace la generación presente por la gloria de la generación futura... Ahora, marchaos. Es todo cuanto tenía que deciros.

Fouché se inclinó; pero como no se retiraba con la prontitud de un hombre despedido:

—¿Qué hay?—preguntó Napoleón.

—Señor,—respondió el ministro,—V. M. me ha dicho muchas cosas para probarme que mi policía estaba mal hecha.

—¿Qué más?

—Yo sólo le diré una para probarle lo contrario. En Bayona V. M. se ha detenido dos horas.

—Sí.

—V. M. se ha hecho presentar una relación.

—¿Una relación?

—Sí. Sobre las quejas que creía tener contra mí; relación que tendía á despojarme de mi cargo, y á que fuera reemplazado por el señor Savary.

—Y esta relación ¿está firmada?

—Está firmada, señor; y lo mismo que yo con las cartas de V. M., V. M. lleva encima la relación... en el bolsillo izquierdo del uniforme.

Y con el dedo, Fouché señaló la parte del uniforme donde se hallaba el bolsillo. —Ya veis, señor,—añadió,—si mi policía está tan bien hecha, sobre ciertos puntos al menos, como pudieran serlo las del señor Lenoir y del señor Sartines.

Y sin esperar la respuesta del emperador, Fouché, que estaba cerca de la puerta, desapareció andando hacia atrás.

Napoleón no respondió; limitóse á llevar la mano al bolsillo, del que sacó una hoja de papel grande doblada en cuatro partes, la desdobló, pasó la vista por él, luego dirigió la mirada á la puerta y, con imperceptible sonrisa:

—¡Ah!—dijo.—Tienes razón: ¡tú eres siempre el más listo!

Y, más bajo:

—¡Por qué no eres también el más honrado!

Entonces, rasgando el papel, tiró los pedazos al fuego.

En aquel momento un ujier anunció:

—Su Excelencia el gran chambelán.

Y el rostro sonriente del príncipe de Benevento apareció detrás de la del ujier.

Los poetas no inventan nada.

Cuando, al séquito de los ejércitos prusianos que acababan de dejarse vencer en Valmy, Goethe, ese príncipe de la duda, ese rey del sofisma, escribía su drama del *Fausto*, no se figuraba, sin duda, que Dios había creado ya á su protagonista humano, como también á su personaje diabólico, y que ambos iban á aparecer incesantemente en escena, el uno con su frente soñadora, y el otro con su pie hendido en forma de garra.

No hay más diferencia, sino que el Fausto de Dios se llama Napoleón, y el Mefistófeles de Dios se llama Talleyrand.

Así como Fausto lo ha sondeado todo en la ciencia, Napoleón lo ha agotado todo en política; y así como Mefistófeles perdió á Fausto diciéndole: «¡Aun más!... ¡aun más!», Talleyrand perdió á Napoleón diciéndole: «¡Siempre!... ¡siempre!»

Así también, como cuando Fausto, en sus momentos de hastío, intentaba librarse de Mefistófeles, Napoleón, en sus horas de duda, trata de librarse de Talleyrand; pero como si estuvieran enlazados uno á otro por un pacto infernal, no quedaron separados hasta que el alma del soñador, del poeta, del conquistador, ¡cayó al abismo!

Puede ser que de los tres personajes llamados por el emperador, aquel á quien palpitaba más fuerte el corazón era al señor de Talleyrand; pero, con toda seguridad, era el que se presentaba con aspecto más sonriente.

Napoleón le miró con una especie de estremecimiento nervioso; luego, extendiendo la mano para que no pasara más adelante en su gabinete: —Príncipe de Benevento,— le dijo,—sólo he de decir dos palabras. Lo que más de- testado en el mundo son las personas que me desacreditan; son las personas que para desacreditarme se desacreditan á sí mismas. Vos esparcís por todas partes que habéis sido ajeno á la muerte del duque de Enghien; por todas partes decís que habéis sido ajeno á la guerra de España. ¿Ajeno á la muerte del duque de Enghien? ¡Me la habéis aconsejado por escrito! ¿Ajeno á la guerra de España? ¡Guardo las cartas en las cuales me conjuráis á que reanude la política de Luis XIV! Señor de Talleyrand, la falta de memoria es un gran defecto á mis ojos: mañana me restituiréis vuestra llave de chambelán, que no sólo tiene ya destino, sino que está concedida desde ahora al señor de Montesquieu.

Y sin añadir una palabra más, sin despedirse del príncipe, sin esperar su saludo, Napoleón salió por la puerta que conducía á las habitaciones de Josefina.

El señor de Talleyrand vaciló como el día que, en las gradas de la iglesia de San Dionisio, Maubreuil le derribó de una bofetada; pero, esta vez, el choque sólo conmovió su fortuna, y el gran chambelán contaba, como Mefistófeles, con Satanás para que le restituyera aun más de lo que había perdido.

Y ahora recordemos que, aquella misma noche, Napoleón había dicho á Cambacérès que antes de terminar abril se hallaría en el Danubio con 400,000 hombres; he aquí por qué por la mañana del 17 de abril toda la población de

Donauwörth se hallaba en las calles y plazas de la ciudad. Esperaba á Napoleón.

III

Los gemelos

Hacia las nueve de la mañana determinóse un gran movimiento en la muchedumbre, y algunos gritos, corriendo, como un reguero de pólvora, de un extremo á otro de la calle Dillingen, hacia el centro de la ciudad, anunciaron que ocurría alguna novedad.

Lo que ocurría es que llegaba un correo con librea verde, galoneada de oro, precediendo al coche del emperador, que le seguía á media legua de distancia.

Franqueó rápidamente la calle de Dillingen, avisando con el látigo para que se apartasen; luego penetró en las tortuosas calles que suben hasta la ciudad alta, reapareció en la plaza del Castillo y se hundió en la maciza puerta de la antigua abadía de Santa Cruz, convertida en palacio real.

Allí se había preparado alojamiento para el emperador, y allí esperaba el general Berthier.

La llegada del correo, sin embargo, no sorprendió al príncipe de Neuchâtel: armado con un excelente anteojo de campaña, y subido en la plataforma de la abadía, había reconocido, diez minutos antes de la llegada del correo, los coches imperiales que avanzaban á escape por la carretera.

El 9 de abril el archiduque Carlos había mandado á Munich la carta siguiente, dirigida al general en jefe del ejército francés; la carta no contenía ninguna otra dirección. ¿Designaba así el archiduque Carlos á Napoleón, y para él, como para el abate Loriguet, el marqués de Bonaparte, era todavía el general en jefe de S. M. Luis XVIII? Si era así, hay que reconocer que el archiduque era testarudo. Sea quien fuere el general en jefe, el mariscal, el príncipe, el rey ó el emperador á quien designaba con aquel título, he aquí lo que la carta contenía:

«En vista de la declaración de S. M. el emperador de Austria, prevengo al señor general en jefe del ejército francés, que tengo orden de avanzar, con las tropas de mi mando, y de tratar como enemigas á todas las que me hagan resistencia.»

Esta carta estaba fechada el 9; el 12, por la tarde, el